



NECROLÓGICAS

En memoria de José Manuel Pérez Pena

Antonio Navarro Escudero

*A su compañera Ana Fe.
A sus hijos Lucía y Juan Daniel*

Es para mí doloroso y no voy a ocultar un sentimiento de cierto pudor al escribir estas líneas sobre quien ha sido un sólido amigo y compañero de viaje durante algo más de 35 años.

Cuando indago en mis recuerdos encuentro ante mí una ventana abierta cuyo viento me es reconocible y familiar. No puedo evitar una sensación de nostalgia y vértigo ante una biografía que me es muy próxima y cercana.

El pasado 30 de diciembre de 2005 falleció en Albacete José Manuel Pérez Pena. Mi amigo y camarada Pena.



Gallego de nacimiento y ciudadano manchego. Desde muy temprana edad, cuando apenas despegamos de la adolescencia, tuvimos la ocurrencia de explorar el vientre de la tierra. Como experiencia iniciática, la espeleología nos permitió comprobar la belleza que bajo nuestros pies esconde una naturaleza discreta pero a su vez fascinante. Es posible que aquello fuera un anticipo, un mito muy particular antes de comenzar nuestra aventura a la gran caverna. Mito al que ninguno de nosotros quisimos nunca renunciar. Como en una línea recta, diáfana, pasamos de explorar las profundidades de la tierra a militar en la izquierda radical española de los años 70. Primero en el PTE (Partido del Trabajo de España), en cuyo periodo militante Pena sufrió un consejo de guerra que le costó un año de prisión militar y la pérdida de un puesto de trabajo, antes de que una Amnistía devolviese la condición ciudadana a mucha gente allá por el año 1977.

Pasamos luego al MC (Movimiento Comunista) donde encaramos los años 80, durante algo más de una década peleamos juntos en quitarle el polvo a una sociedad local —en el sentido más castellano del término— profundamente miedosa y por consiguiente autoritaria.

Peleamos para transformarlo todo y perdimos, a lo sumo hoy hay menos polvo del que había pero el desencanto de nuestro pobre ideario ideológico, al que algunos llamaron extrema izquierda, no era sino una respuesta vital, una manera de rebelión no exenta de visitas a calabozos policiales, encarcelamientos y represión. Pero también una manera de compartir la vida que a nosotros nos parecía transformadora y coherente. En esto último Pena despuntó como un personaje singular, y me atrevo en afirmar, irrepitible desde la transición democrática albaceteña hasta el último de sus días con vida.

Nosotros veníamos de una izquierda rebelde e inconformista, pero al mismo tiempo sentíamos una necesidad política por estar en la sociedad, influir en ella y participar activamente en sus organizaciones y de sus sentimientos. Desde esa premisa, en mi opinión todavía vigente, nuestra militancia consistía planificadamente en incorporarnos en los nuevos y viejos movimientos sociales, en las organizaciones pacifistas, feministas, ecologistas, en el viejo movimiento sindical.

Pena recaló en el movimiento ecologista los últimos quince años de su vida, contribuyendo muy decisivamente en ganar un espacio social crítico, radical y autónomo para el movimiento medio ambiental albaceteño de aquellos años. Ecologistas en Acción es hoy en Albacete, como expresión colectiva, una organización de esas características, y en ello mi amigo tuvo mucho que ver. Una organización reconocida socialmente y respetada en todos los ámbitos políticos locales.

Pena, parafraseando a Walter Benjamin, dejó su puesto “de maquinista en la locomotora revolucionaria de la historia universal para activar los frenos de emergencia”. Sin renunciar a su activismo *provo*, por el que fue conocido en esta capital de provincia en las marchas de jornaleros, los encierros, la famosa grúa de hacienda, etc., derivó su conciencia emancipatoria hacia una nueva realidad política, la lucha ecopacifista.

Con la misma probidad de su militancia anterior, Pena se enfrascó en una crítica lúcida al productivismo, al militarismo y a la “sociedad privativa del bienestar”, representación real de buena parte de anhelos y políticas del mundo rico y que atraviesan además, de manera transversal, buena parte del ideario de la llamada izquierda.

En los últimos años (2000/2005) Pena participó activamente en dar vida al Foro de la Participación de Albacete. Pese al devenir actual de esta experiencia ciudadana y participativa, que algunas organizaciones sociales y personas viven desmoralizadas hoy con frustración, la apuesta por explorar de manera crítica el conflicto permanente entre democracia representativa y participación directa, esta vez en un municipio de 160.000 personas, no deja de resultar apasionante desde muy diversas perspectivas sociológicas.

Cómo promover en los ciudadanos de a pie una concepción distinta a la meramente organizativa e instrumental de

CLM
TILLA-LA MANCHA
Añil
ESTUDIOS
DE CASTILLA-LA MANCHA
93

la democracia representativa, incorporando unos valores éticos que Pérez Pena llamaba republicanismo, es decir "una ética laica y liberal y una consideración de la convivencia ciudadana entre derechos y deberes, con espíritu crítico, reflexivo y reivindicativo donde además se incorpore interiorizar individual y colectivamente una actitud cívica, consciente de las exigencias o responsabilidades que este modelo de convivencia conlleva".

Se trata de una vieja aventura, vital e intelectual, donde Pena no ha estado sólo, si bien, tampoco le sobró compañía.

Consciente de esta realidad ejerció de francotirador, sus crónicas radiofónicas no iban a cambiar la realidad, eso es cierto, pero al menos decían la verdad.

Decir la verdad, exponer la realidad, aunque ésta sea cruel o insolente, es una apuesta necesaria que mi amigo practicó buscando, en esa ventana abierta, el galopar viejo, cansado pero firme de Alberti, la amargura de Cesar Vallejo para nuestra vieja España, y el realismo vital expresado con una brevedad silenciosa, "he sido un hombre afortunado: nada en la vida me ha sido fácil". HASTA SIEMPRE AMIGO ■

Fisac en el recuerdo

José Rivero

Aún reciente el número 13 de la revista FORMAS, dedicado monográficamente a Miguel Fisac, nos llega la noticia de su muerte. Una muerte, no por presentida ni barruntada, menos inesperada. Aunque él mismo, en algunas de sus últimas declaraciones, manifestaba estar preparado para ese viaje final que pondría punto y aparte a toda una vida emboscada en la arquitectura y sus vicisitudes. A una vida difícil y ajetreada que ahora se clausura en una mañana de primavera del mes de mayo de 2006.

No es que Fisac y su genio desaparezcan o vayan a desaparecer, sino que la persona física pasará a un segundo plano y quedará el personaje y su obra. Y eso, es parte del empeño de los trabajos en curso y en desarrollo. Un poco tardíos y a destiempo tal vez, pero finalmente necesarios para ubicar a Fisac en su época y en el seno de la Arquitectura Contemporánea, como ya hiciera Fernández Galiano con el número 101 de la revista *A&V* en 2003.

En marcha ya la Fundación Miguel Fisac, a punto la publicación que prepara Ricardo Sánchez Lampreave para reflejar el Premio Nacional de Arquitectura de 2002, reciente la reedición de su discurso de ingreso en el Instituto de Estudios Manchegos 'Arquitectura popular manchega', todo apunta a una clausura o a un balance de cierre y recapitulación.



Es posible. Pero es una posibilidad necesaria y una reclamación implícita, por reubicar los anales de la arquitectura más próxima y, a veces, desconocida.

Con Fisac, desaparece uno de los pocos supervivientes de la generación de arquitectos titulados en la inmediata posguerra, que iniciarían el proceso de deshielo de las formas que esa posguerra había propalado. Los Coderch, Sota, Oiza y, ya Fisac, son parte visible de la historia próxima que vuel-

ven a ser reubicados y redescubiertos en nuevas lecturas y relecturas.

Con Fisac, desaparece uno de los pocos supervivientes de la generación de artistas y creadores manchegos de la década de los veinte, aunque él naciera en la década anterior. Los Crespo, García Pavón, Fernández Molina, García Donaire o Villaseñor, a los que se sumaría en múltiples coincidencias el arquitecto de Daimiel.

Con Fisac, desaparece uno de los pocos supervivientes de un mundo que ha cambiado muy deprisa. El solitario Fisac que 'veía pasar todos los trenes y no tomaba ninguno', ha cogido, finalmente el tren de vapor que traza una estela de humo en el cielo azulado.

Aunque todo final también señale un principio y un reconocimiento. ■